

El exilio republicano español y la imagen de España en México

Una aproximación desde la larga duración histórica duración

Tomás Pérez Vejo

I. UNA PEQUEÑA HISTORIA QUE ES PARTE DE LA GRAN HISTORIA

Cumplidos ya los setenta años de la llegada del exilio republicano español a México y también, sólo en parte¹, los desagrazos y reconocimientos a los que los exiliados son acreedores, parece llegado el momento de enfrentarse a su estudio desde una perspectiva global. El exilio como un capítulo más, ni siquiera el más importante, de las siempre complicadas relaciones México-España y no como un hecho excepcional. Una nueva perspectiva necesaria, sobre todo, porque el fuerte componente emotivo que todo exilio conlleva consigo ha ido cargado el relato sobre “los transterrados íberos”² de una carga mítica que dificulta enormemente la comprensión de su importancia y significado histórico. Para ello resulta imprescindible comenzar a desmontar algunos de los mitos, implícitos o explícitos, en los que hasta ahora se ha sustentado la imagen de lo que fue y supuso la llegada del exilio republicano a México.

Primero por su excepcionalidad, el exilio español forma parte de un proceso multiseccular, iniciado en el mismo momento de la guerra de independencia, en el que, por diferentes motivos, políticos en unos casos, económicos en otros, un número significativo de españoles se ha ido estableciendo en México a lo largo del tiempo. Los republicanos no fueron los primeros exiliados políticos españoles en México (este dudoso honor le corresponde a los liberales llegados en la década de 1820 huyendo del absolutismo fernandino, seguidos por los múltiples exilios carlistas de las décadas siguientes), ni fueron los primeros intelectuales españoles establecidos en México. El siglo XIX mexicano está lleno de periodistas, escritores y profesores españoles,

sólo por citar algunos: Pelegrín Clavé, Telesforo García, Anselmo de la Portilla, Niceto de Zamacois, Enrique de Ovarría y Ferrari, José Zorrilla, ...³. Ni, por último, la integración de la mayoría de los exiliados en la vida mexicana fue demasiado diferente de la que había sido la tradicional de los españoles en México.

Segundo, la acogida dispensada por la sociedad mexicana a los refugiados españoles. La más que generosa actitud del gobierno de Cárdenas no debe de ocultar, entre otras cosas porque resta valor político a una valerosa decisión humanitaria, que los posicionamientos de la sociedad mexicana fueron mucho más complejos y matizados de lo que una especie de leyenda áurea nos quiere hacer parecer. La realidad fue muy otra y las posturas de rechazo, por motivos económicos y políticos, bastante habituales. Por lo que respecta a la prensa, sólo los periódicos cercanos al gobierno, como *El Nacional*, se mostraron claramente favorables; para el resto, y *El Universal* podría ser un buen ejemplo, la facilidad con que se estaba aceptando a los exiliados españoles era, primero, un error económico, los exiliados entraban en competencia con los trabajadores mexicanos, y segundo un error político, los exiliados afectarían negativamente la paz social de la que disfrutaban los mexicanos. Pero no sólo la prensa mostró su desacuerdo. Hubo también una clara oposición social, reflejada en la organización de manifestaciones de rechazo, distribución de panfletos en contra de los refugiados o posicionamientos explícitos de algunas instituciones. Fue el caso, entre otros, de la Confederación de Cámaras de Comercio e Industria, que el 18 de marzo de 1939 hizo una declaración pública en la que mostraba su inconformidad con la posible inmigración, en este caso por motivos estrictamente económicos⁴; del Partido

Nacional de Salvación Pública, que en una nota enviada a la prensa el 2 de abril de 1939 repite prácticamente los mismos argumentos, con el añadido de los miles de mexicanos que esperan a ser repatriados en los Estados Unidos; o de la Liga de Defensa Campesina del Distrito Federal, que elevó una protesta al presidente de la República, además de por los habituales motivos económicos, por la cesión que se había hecho a los exiliados de la Casa del Agrarista. Es posible que la afirmación del periódico *La Prensa* de que “el OCHENTA POR CIENTO de los mexicanos está en contra de esta invasión de españoles”⁵, no sea exactamente cierta, pero la proliferación de cartas, manifestaciones y otras muestras de rechazo hace suponer que tampoco debe de estar muy alejada de la realidad.

La propuesta de este trabajo es intentar clarificar el complejo mundo de referencias y significados simbólicos al que los exiliados, casi seguro que sin ser conscientes de ello, tuvieron que enfrentarse y, paralelamente, sus aportaciones y modificaciones a este universo simbólico que es la imagen de España en México.

Los principales factores que van a estar gravitando sobre el complicado mundo de relaciones y reacciones encontradas al que van a tener que hacer frente los exiliados son los siguientes:

- a) La hispanofilia/hispanofobia como elemento central del debate político-cultural en la vida pública mexicana. Por encima de cualquier otra consideración los exiliados eran, para los mexicanos, españoles y esto los situaba en un lado del debate.
- b) El antigachupinismo de las clases populares mexicanas para las que el gachupín enriquecido es la imagen arquetípica del capitalista cruel y desalmado, aquel que chupa la sangre a los honrados trabajadores mexicanos.
- f) El debate sobre la inmigración, una vieja polémica que la sociedad mexicana venía arrastrando desde el siglo XIX. Había unanimidad sobre la necesidad de inmigrantes pero no sobre cual debía de ser su origen nacional, y aquí la hispanofilia y la hispanofobia volvían a tener un lugar importante; para unos, los conservadores, los españoles eran los candidatos ideales, para otros, los liberales, no lo eran tanto y ni siquiera estaba claro que fuesen ni siquiera aconsejables.

El problema de la hispanofilia y la hispanofobia en el debate político e intelectual mexicano va mucho más allá de un problema de las relaciones México-España. Es, principalmente y muy por encima de cualquier otra consideración,

un problema interno, una especie de guerra civil latente y mal resuelta. En el proceso de construcción nacional iniciado en México a partir del momento de la proclamación de la Independencia. Entre las múltiples opciones que toda invención nacional permite, dos son las que van a convertirse en hegemónicas. Una, la conservadora, que, un poco a la manera norteamericana de los “Peregrinos”, afirma que México nace con la Conquista y, consecuentemente, la nación mexicana es heredera de la Colonia y del mundo hispánico; otra, a la que podemos denominar liberal, ya que fueron los liberales del siglo XIX los principales responsables de su configuración definitiva aunque su proyección va mucho más allá del liberalismo decimonónico, para la que la esencia de México como nación son las civilizaciones prehispánicas y, consecuentemente, la Colonia sólo es un oprobioso y desgraciado paréntesis en la historia de la nación al que la Independencia habría puesto justo y vengativo final.

Ambas visiones comparten una misma imagen de España, aunque, obviamente, con valoraciones distintas. La España de los conservadores es el modelo a imitar, mientras que la de los liberales es el obscurantista y cruel país de la Inquisición y la Leyenda Negra. La llegada de los exiliados trastoca aparentemente estos discursos. La prensa de derechas, tradicionalmente hispanófila, se queja de que se trate mejor a los rojos españoles que a los judíos; y a la de izquierdas, tradicionalmente hispanófoba, habla del “genio liberal” de España⁶. Una contradicción que salvan la prensa conservadora afirmando que estos “rojos” en realidad no son verdaderos españoles; y la de izquierda manteniendo la existencia de dos Españas, una buena, la de los republicanos, y otra mala, la de la vieja colonia que ahora además de gachupina es fascista.

El antigachupinismo tradicional de las clases populares mexicanas tiene también su origen último en las peculiares características de la construcción nacional de este país o, para ser más precisos, en la forma en que México se configura como nación en el imaginario colectivo de los mexicanos. Una construcción nacional que reservaba al español el papel de verdugo, el del otro contra el que se había construido México. La implicación de los españoles en la vida política del país, casi siempre del lado de los más afines, ideológicamente, conservadores, y, sobre todo, el éxito económico de algunos de estos inmigrantes españoles, servirá para exacerbar aún más un sentimiento antiespañol que encontrará expresión habitual en la prensa popular y en numerosos panfletos y hojas sueltas que circularon sobre las cualidades, malas, de los oriundos de la Península Ibérica.

El antigachupinismo encontrará también caldo de cultivo en el tipo de actividad de la colonia española, cuya

especialización en el pequeño comercio (de los extranjeros dedicados al comercio en 1939 el 36,26% eran españoles), especialmente en el ramo de abarrotes, pero también en panaderías, casas de préstamo y, en la época del porfiriato, como capataces de haciendas, la ponía en contacto continuo con las clases bajas mexicanas. Eran, por decirlo de manera gráfica, para la mayoría de los mexicanos la cara, no precisamente amable, del capitalismo. En la década de los treinta, la colonia española, un grupo prácticamente endogámico, pues si es cierto que los nuevos emigrantes, varones jóvenes, aparentemente se casaban con “mexicanas”, en realidad lo hacían en un número considerable con españolas de segunda o tercera generación, hijas o nietas de la anterior generación de inmigrantes, seguía dibujándose a los ojos de los mexicanos como un grupo plutocrático, racista y conservador.

Esta imagen popular negativa tenía su contrapeso en la de unas clases altas para las que, manteniendo el estereotipo sociológico, los elementos que definían al gachupín adquirirían matices más favorables, cuando no claramente positivos. El cruel y avaro explotador se convertía en el prototipo de empresario moderno del que tan necesitada estaba la economía mexicana. Un artículo de Alfonso Reyes, titulado precisamente “Mis gachupines”, muestra perfectamente esta otra cara de la moneda, este otro estereotipo positivo, haciendo innecesario cualquier otro comentario:

Mi padre llamaba “Mis gachupines” cariñosamente a aquel grupo de trabajadores admirables que formaron en el estado mayor de su consejo en pro del progreso de Nuevo León, Rivero, Armendáriz, los hermanos Maíz, Mendirichaga, Prieto, quienes al lado de los Sada, los Madero, los Ferrera y tantos otros, tejieron el canevá donde se hiló el industrialismo de la capital del Norte⁷.

En este contexto, la llegada de los republicanos produjo una especie de cataclismo. La tradicional hispanofobia de las clases populares se vio enfrentada a una emigración que era de los “suyos”; mientras que la hispanofilia de la clase alta conservadora tuvo que enfrentarse al reto de unos españoles que eran rojos y ateos. El nuevo español que llegaba al puerto de Veracruz no era un joven patán campesino, aspirante a abarrotero, católico y de derechas; sino un emigrante urbano, intelectual, aspirante a profesor, agnóstico y de izquierdas. Sobre esta trama se tejieron y destejieron las filias y fobias, las fantasmagorías colectivas de los diferentes sectores de la sociedad mexicana.

Para los conservadores estos recién llegados, a diferencia de los anteriores, no venían dispuestos a trabajar, en el mejor de los casos venían a competir con los nativos por trabajos cualificados en el periodismo, la docencia o la investigación; en el peor, eran sólo agitadores profesionales, políticos en

el peor sentido del término, que lo único que harían sería envenenar aún más las ya de por sí conflictivas relaciones sociolaborales del México del momento. Para la izquierda, por el contrario, finalmente llegaban unos españoles dignos de respeto, no avariciosos abarroteros, interesados únicamente en arañar unos cuantos pesos a los exhaustos bolsillos de los trabajadores mexicanos, sino generosos intelectuales y luchadores sociales dispuestos a contribuir a la construcción de una sociedad más justa y solidaria. El mito de las dos Españas pero en versión mexicana, la retrograda de abarroteros y usureros, los gachupines fascistas, contra la progresista de los intelectuales republicanos, versión de izquierdas⁸; la de inmigrantes católicos, que con su iniciativa de trabajo y honradez habían hecho progresar la economía del país, contra la de agitadores comunistas que venían a vivir del erario público y no a crear riqueza, versión de derechas.

A veces esta retórica de las dos Españas se ve desbordada por el hecho de que ambas estaban formadas por españoles y la imagen del español estaba demasiado definida en el imaginario mexicano como para difuminarse tan fácilmente en lo que no eran sino abstracciones ideológicas. Fascistas o comunistas, abarroteros o intelectuales, los españoles tenían unas señas de identidad físicas y morales que los hacían perfectamente identificables y, por encima de todo, y esto era prácticamente un estigma de nacimiento, eran en el imaginario popular, o mejor eran vistos como, los descendientes de los conquistadores. Una caricatura de Inclán resume perfectamente los problemas la sobreposición física y moral de la imagen del gachupín sobre la del exiliado. Representa un gachupín típico (boina y barba cerrada, le falta el puro en la boca) dirigiéndose a un mexicano también típico (calzado con guaraches): “Sí señor, los que ayer fuimos conquistadores de tu raza, ahora somos los más fieles “hermanos de tu sangre”⁹.

Al debate hispanofilia/hispanofobia y el antigachupinismo popular se añadió otro que tenía que ver con las políticas migratorias. Ya desde los inicios de la vida independiente existió entre las elites mexicanas el convencimiento de la necesidad de una política inmigratoria, planteada como un problema de cantidad y de calidad; de cantidad por el convencimiento de que el país estaba vacío, de lo que resultaba un bajo aprovechamiento de sus recursos; de calidad, porque, a pesar del retórico indigenismo liberal, las elites mexicanas dan muestras a lo largo de todo el siglo XIX, y parte del XX, de un profundo racismo que lleva implícita la idea de que contribuir a blanquear la población del país era un fin patriótico.

El afán repoblacionista fue mantenido por el Estado mexicano hasta fechas muy tardías. Todavía, y para el caso

que aquí nos ocupa, en el año 1939 la Secretaría de Gobernación afirma “que la inmigración debe de ser fomentada por la razón fundamental de que México es un país despoblado y necesita de una fuerte inyección de hombres deseosos de trabajar y que se fundan con la población mexicana”¹⁰. Las diferencias surgen en torno a quienes son los inmigrantes ideales. El filolanglosajonismo de los liberales hubiese hecho previsible una preferencia por los emigrantes del norte de Europa, sin embargo, el miedo al expansionismo estadounidense, favorecido por una población afín, y aquí el asunto de Texas seguía omnipresente, hizo que no fuese así. La retórica de las razas latinas hizo el resto y, en general, hubo un cierto consenso en que, tanto por motivos étnicos como religiosos y culturales, los inmigrantes provenientes de naciones latinas, a los que había que añadir los católicos irlandeses, eran preferibles sobre todos los demás. Es este un discurso que se mantiene todavía hasta fechas realmente tardías y que seguía todavía vigente en el momento de llegada de los exiliados españoles. Todavía en 1939 la Secretaría de Gobernación prevé que para el año siguiente se restrinja prácticamente de forma absoluta la inmigración “no latina”.

Habían algunas diferencias de matices entre liberales y conservadores. Para los primeros los inmigrantes óptimos eran los franceses, patria del liberalismo republicano, aunque para finales del XIX se había producido una cierta reconciliación con lo español; para los segundos, no cabía ninguna duda, de que lo eran los españoles. La llegada de los exiliados republicanos introduce ligeras variaciones de matiz. La izquierda, a grandes rasgos continuadora del discurso identitario liberal, comienza, sin embargo, a utilizar argumentos en los que la idoneidad de la emigración hispana se justifica de forma muy parecida a como lo había hecho el conservadurismo tradicional, por las afinidades de sangre y cultura¹¹. Aunque en algunos casos esta misma prensa, movida sin duda por sus tradicionales prejuicios antigachupines, a la vez que valora positivamente las ventajas de una inmigración española justifica su oposición anterior: estos españoles poco o nada tenían que ver con los gachupines tradicionales¹².

La derecha, heredera de la hispanofilia conservadora, no abandona, por el contrario, sus argumentos, pero sí pone en duda que sean precisamente “estos españoles” exiliados los México necesita y no mejores a los que siempre habían llegado¹³. Pero, finalmente, y esto es lo más llamativo desde el punto de vista de la pervivencia de los imaginarios colectivos, parece que el trasfondo ideológico favorable a lo español acaba por imponerse en los medios conservadores, que aunque rojos no dejan de ser españoles. Ya desde antes de la llegada de los primeros exiliados, y cuando ésta sólo

era un proyecto, no es extraño encontrarse en esta prensa los viejos argumentos sobre la preferencia que México debe de mostrar hacia la inmigración española ya que, rojos o no, son los “que mejor se amoldan a nuestra vida nacional”¹⁴. Y no sólo en la prensa, Gilberto Loyo, Presidente del Comité Mexicano para el Estudio de los Problemas de Población, declara, en los primeros días de abril de 1939 y ante las noticias de que un numeroso grupo de exiliados españoles podrían llegar a México, que el Comité ve la medida “con profundo interés” ya que constituye “la última oportunidad que por muchos años tendrá México para aumentar el caudal de su población española, porque el español es, sin duda, el mejor inmigrante que México puede recibir”¹⁵. Unos argumentos, habituales en la derecha mexicana pero no en la izquierda, que no dudará en utilizar incluso el propio presidente Cárdenas, “ninguna [población] tan apropiada como la española, que es nuestra raza, pues de ella descendemos, cosa que se olvidan los opositores”¹⁶.

En líneas generales se podría afirmar que, al margen de posicionamientos ideológicos, la llegada de un importante número de inmigrantes, blancos, españoles, con una alta capacitación técnica y profesional y que llegaban formando parte de grupos familiares, fue vista, desde la perspectiva de la política migratoria, como una especie de regalo del cielo. Finalmente, los sucesivos fracasos de la política inmigratoria mexicana, que había sido incapaz de colonizar el país, parecían poder resolverse gracias al oportuno conflicto español. No era la solución a un problema coyuntural, era la solución a uno de los problemas históricos de México.¹⁷ Los refugiados españoles llegaron además en un momento crítico de la polémica sobre la idoneidad racial de los inmigrantes. En los años finales de la década de los treinta la prensa popular mexicana comenzó a hacerse eco del problema de los “indeseables”, adjetivo utilizado con absoluta naturalidad para referirse a los inmigrantes que por sus orígenes étnicos y/o culturales eran considerados perjudiciales para la población mexicana, básicamente judíos centroeuropeos y árabes¹⁸. Los españoles, en la retórica racial las primeras décadas del XX, “una raza afín y asimilable”, podían ser un buen antídoto contra la invasión de “indeseables”, que estaba anegando al país.

La política de inmigración tenía también otros requisitos. No sólo era un problema de número y de capacidad de asimilación a la vida nacional. El país necesitaba, y en eso había una coincidencia absoluta, corregir los errores de una política migratoria que se había caracterizado por la concentración socioeconómica y geográfica de los inmigrantes, en las ciudades y en las actividades terciarias. Se necesitaban obreros industriales y campesinos para poblar los espacios vacíos y desarrollar la incipiente industria del

país. Un argumento utilizado una y otra vez por el cardenismo para justificar ante la población su política hacia los exiliados españoles. Se insiste continuamente en que los exiliados estaban siendo seleccionados en función de las necesidades de la industria y el campo mexicanos y de que con ellos se iba, por fin, a poder colonizar los inmensos espacios vacíos del norte mexicano. Esto último, al menos desde la perspectiva de algunos periódicos, planteado no sólo como un objetivo económico, sino también geoestratégico. Una forma de contrarrestar con elementos españoles, al fin hermanos de sangre de los mexicanos, la insidiosa penetración norteamericana que tan funesta había resultado en el pasado¹⁹.

La prensa afín al gobierno resaltó las noticias que mostraban como se estaban cumpliendo los objetivos de una inmigración de obreros y campesinos; la conservadora, por el contrario, aquellas que reflejaban que la mayoría de los exiliados, en contra de lo que se había afirmado, no eran obreros y campesinos, sino intelectuales y profesionistas, y que su destino no estaban siendo las regiones despobladas del norte sino los grandes núcleos urbanos y en especial la ciudad de México. No se estaban respetando las directrices que el propio gobierno había proclamado y la llegada de los exiliados españoles, al margen de no resolver el problema de la colonización de los territorio vacíos y de falta de mano de obra especializada en los sectores industriales, agudizaba el de un sector terciario especializado ya de por sí muy superior a las necesidades que el país demandaba²⁰.

2. A MODO DE CONCLUSIÓN

Las radicalizadas posturas frente al exilio republicano se dulcificaron con gran rapidez, lo que prueba la fuerza de la pervivencia de los imaginarios. La prensa de derechas, tradicionalmente hispanófila, recuperó en un muy corto periodo de tiempo la ya habitual favorable imagen de los españoles. Pasado el susto de los puños en alto del “Sinaia”, los exiliados vuelven a ser españoles y no rojos y, como consecuencia, con una imagen casi ideal²¹. Hasta el calificativo de comunistas que se les había aplicado en un principio comienza a aparecer como un engaño interesado de determinados círculos políticos mexicanos²². Los periódicos conservadores dejaron de interesarse por los enfrentamientos entre la vieja colonia y los nuevos españoles del exilio. Incluso ya a partir del verano de 1939 es claramente perceptible el interés por mostrar el acercamiento que se estaba produciendo entre ambas comunidades. Todos destacan, por ejemplo, el que en las fiestas de la Covadonga, la fiesta emblemática de la vieja colonia española, de septiembre de ese año actuara la banda “Madrid”, formada por exiliados republicanos

bajo la dirección del maestro Oropesa. Comienzan, incluso, a ser habituales las noticias en las que se muestra la solidaridad de los españoles ya asentados en país con los exiliados republicanos. Son también ahora estos periódicos los que, a diferencia de lo que había ocurrido en los primeros meses, destacan las inversiones del exilio español. Los exiliados dejan de ser considerados como competidores de los trabajadores mexicanos y retoman su antiguo papel de empresarios creadores de riqueza²³. Ya en los primeros años de la década de los cuarenta es perceptible una clara simpatía de la prensa más conservadora hacia el exilio republicano, que, finalmente, estaba resultando bastante más moderado que los peligrosos rojos comunistas de los que se había hablado en un principio. Hay incluso como una especie de rata satisfacción, como si al fin se hubiese hecho realidad un viejo sueño criollo. Estos nuevos españoles ya no eran los incultos peninsulares que las élites mexicanas habían tenido que soportar durante siglos, zafios abarroteros y dueños de cantinas, sino refinados intelectuales. Una percepción de la que la muchos exiliados sacarán provecho exagerando el carácter intelectual del exilio y utilizando su condición como marca de clase frente a la vieja colonia.

El choque del exilio fue mucho más fuerte, y de consecuencias mucho más duraderas, en el imaginario de la izquierda mexicana. El antigachupinismo, que había sido casi una seña de identidad, primero del liberalismo decimonónico y después de los revolucionarios del siglo XX tuvo que enfrentarse a unos españoles que eran de los suyos. No los habituales abarroteros, prestamistas o capataces de haciendas, sino intelectuales de izquierdas, por supuesto al margen de cual fuera realmente su profesión. Hay una especie de subterfugio ideológico que, en el imaginario de esta izquierda, convierte a los exiliados republicanos en algo diferente los “gachupines”. Son españoles no gachupines, y el viejo y peyorativo epíteto pasa a denominar, no un origen nacional, sino casi una categoría moral. Lo paradójico del caso es que, muy probablemente, y este es un estudio estadístico que está sin hacer, muchos de estos españoles exiliados, es posible incluso que la mayoría, acabaron ajustando su vida mucho más al viejo modelo del gachupín emprendedor, del empresario que logra abrirse camino en el mundo de los negocios, que a la del intelectual dedicado a la ciencia por el bien de la humanidad que la hagiografía del exilio nos ha transmitido. Pero los imaginarios, la retórica en definitiva, no son reflejo de la realidad, sino creadores de realidad.

Ya desde una perspectiva más amplia, el exilio tuvo también una importante influencia en el debate sobre el hispanoamericanismo y el panamericanismo. Si durante el siglo XIX y primeros años del XX hubo un posicionamiento

claro y estanco en la vida pública mexicana, ese fue el que enfrentó a liberales y conservadores en torno a estos dos conceptos, convertidos prácticamente en seña de identidad de unos y de otros. Ser liberal significaba ser panamericanista, una forma de oponerse a la vieja España inquisitorial y católica; mientras que ser conservador significaba, por el contrario, ser hispanoamericanista, una forma de oponerse al imparable avance de la cultura protestante anglosajona. Los liberales siempre habían tenido problemas con el expansionismo norteamericano, al fin y al cabo la pérdida de los territorios del Norte es uno de los elementos centrales de la liturgia dramática del nacionalismo mexicano, agravados con la impronta imperialista de los Estados Unidos a partir de su victoria sobre España en el noventa y ocho. La llegada del exilio ofreció a los herederos del liberalismo decimonónico un hispanoamericanismo alternativo, tanto frente al cada vez más temible panamericanismo norteamericano, como al caduco hispanoamericanismo católico español. El exilio, o mejor la Guerra Civil, pero resulta difícil separar uno de otro en su influencia sobre las relaciones México-España, mostraba que la cultura española podía ser más que la Inquisición y el rezo del rosario; podía ser también Machado, Alberti, Azaña, etc.

Y es que la imagen de España en México ya nunca volvería a ser la misma después del choque del exilio, aunque tampoco podemos decir que fuese radicalmente nueva. Fue una extraña amalgama entre lo viejo y lo nuevo que, posiblemente, en vez de simplificar los estereotipos, los hizo aún más complicados y difíciles de desentrañar. •

Notas

¹ Escribo sólo en parte porque parece evidente que ninguna sociedad puede llegar nunca a resarcir por completo a aquellos a los que obligó, por motivos políticos o económicos, a vivir lejos de ella.

² Este el término habitual de la prensa mexicana para referirse a los exiliados.

³ Pelegrin Clavé, pintor catalán, fue director de pintura en la Academia de San Carlos durante veinte años; Telesforo García, periodista cántabro, fundó *El Centinela Española*, fue redactor, junto con Ignacio Altamirano y Justo Sierra, de *El Precursor* y director *La Libertad. Diario Liberal y Conservador*; Anselmo de la Portilla, periodista y cántabro como el anterior, fue director de *El Diario del Imperio*; Niceto de Zamacois, bilbaino, es autor de una de las primeras historias generales de México; Enrique de Olavarría y Ferrari, madrileño, es autor de la monumental *Reseña histórica del teatro en*

México; José Zorrilla, el célebre poeta romántico, vivió durante 11 años en México.

⁴ Reproducido en “Quince mil inmigrantes son una amenaza para la nación”, *Excelsior*, 19 de marzo de 1939.

⁵ XCHITL, “La inmigración de españoles”, *La Prensa*, 4 de julio de 1939. Las mayúsculas son del periódico.

⁶ Para un ejemplo de lo primero en “Inmigrantes”, *El Universal Gráfico*, 2/vi/1939; y de lo segundo en “Editorial. Crimen y rebeldía”, *El Nacional*, 9/viii/1939.

⁷ Reyes, Alfonso, “Mis gachupines”, *El Universal*, 15/xi/1939.

⁸ Como ejemplo de esta visión véase González Guzmán, Ignacio, “Los intelectuales españoles en la vida cultural mexicana”, *El Nacional*, 22/iii/1939.

⁹ Inclán, “Caricatura nacional. Lo que va de ayer a hoy”, *La Prensa*, 15/vi/1939.

¹⁰ Reproducido en “Inmigración”, *El Universal Gráfico*, 12/vi/1939.

¹¹ Tejada, Valentín, “Los refugiados españoles”, *El Nacional*, 13/iii/1939.

¹² “Editorial. Respuesta concreta a campaña malévola” *El Nacional*, 2/viii/1939.

¹³ “Sección editorial. La inmigración normal”, *El Universal Gráfico*, 22/ix/1939.

¹⁴ Cervantes, Federico, “Los exiliados”, *El Universal Gráfico*, 8/iv/1939.

¹⁵ “115.000 alemanes vendrán a México”, *La Prensa*, 4/iv/1939. Afirmaciones que tienen como objetivo, obviamente, oponerse a la aceptación de judíos alemanes.

¹⁶ “Habla Cárdenas sobre la situación del país. Los refugiados iberos no serán problema político para México. Considera artificial la agitación”, *La Prensa*, 27/vii/1939.

¹⁷ Como ejemplo de hasta que punto la llegada del exilio fue visto como la solución de un problema secular véase Manjarrez, Daniel C., “La Inmigración española. El Anhelos secular de México”, *El Nacional*, 12 y 14/viii/1939.

¹⁸ Fernández Bucardo, José, “México para los mexicanos”, *La Prensa*, 24/v/1939.

¹⁹ Elizondo, Beatriz, “El problema migratorio de México”, *La Prensa*, 26/v/1939.

²⁰ “Sección editorial. Lo que debe venir y lo que no debe venir de España”, *El Universal*, 5/vi/1939.

²¹ Véase como ejemplo el artículo de Eduardo Sánchez Torres, “Refugiados españoles en las playas veracruzanas”, *El Universal*, 3/viii/1939.

²² “Refugiados”, *El Universal Gráfico*, 8/viii/1939

²³ “Inversiones de los refugiados”, *El Universal Gráfico*, 31/viii/1939.

TOMÁS PÉREZ VEJO. Es profesor-investigador adscrito a la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH. Correo electrónico: tvejo@yahoo.com